

Hemos hablado del plan de vida general de Napoleón, y hemos dicho que fué el de poseer á toda costa la tierra. Nos explicaremos: entendemos por plan de vida, la significacion general y continua de todos los actos de un hombre de historia, y la tendencia constante de su pensamiento ó de su instinto manifestada por sus costumbres. No atribuimos á esta expresion la idea de una premeditacion desde la cuna, ó de una combinacion sistemática de cada uno de sus pasos, de sus gestos, y de sus palabras en todas circunstancias. El hombre no está formado de ese modo: no es una abstraccion, no es una línea matemática, es un hombre, es decir, una inconstancia, una movilidad, una inconsecuencia viviente. El plan de vida de un hombre histórico, es su carácter. Así, pues, en el carácter de Napoleón mas habitualmente revelado en sus actos y en sus pensamientos, buscamos su moralidad ó su depravacion, su pequeñez ó su grandeza, para ofrecerlas á los ojos menos deslumbrados de la posteridad. En dos palabras, su inspiracion provenia habitualmente del mundo á él, ó de él al mundo, de la abnegacion ó del egoismo, de arriba ó de abajo, de Dios ó de él mismo. He aqui á lo que respondemos interrogando á su memoria, no para rebajarla, sino para que no pervierta al porvenir.

XXXVII.

Nació en Corcega: aquella isla buscaba su independencia. Se declaró contra Paoli, libertador de su cuna: trató de buscar una patria, y escogió la mas agitada, la Francia. Presintió con una precoz sagacidad de instinto, que los grandes azares de fortuna, serán ó son los grandes movimientos de las cosas y de las ideas. Hervia entonces la revolucion francesa, y se lanzó en ella; la go-

bernaba el jacobinismo, y le ensalzó. Aparentó los principios radicales, las exageraciones demagógicas, su lenguaje, su trage, su cólera, su popularidad. Escribió la *Cena de Beaucaire*, arenga de club en un campamento. Subia ó bajaba la revolucion segun los accesos de ardor ó de frialdad, de la opinion en París; subió y bajó con ella, sirviendo con igual celo á los convencionales en Tolon, á los thermidorianos en París, á la Convencion contra los demagogos, á Barrás y al Directorio contra los realistas: todo por las circunstancias, nada por los principios: preevió el poder, ayudó al triunfo, y se elevó indiferentemente sobre todos y por todos. Joven de la raza y del tiempo de aquellas republicas italianas, que alquilaban su valor y su sangre á todas las facciones, y á todas causas, con tal que las engrandeciesen. Soldado, ofreció su inteligencia y su espada al mas resuelto ó al mas feliz. En su juventud hasta entonces oscura, no se ve ningun escrúpulo de opinion, de principio, ni de virtud pública. Tampoco se vé mas en su fortuna rápida. El origen de ella fué el favor del mas influyente de los directores, con una muger hermosa, familiarizada con los poderosos de la época. Bariás le dió por dote el ejército de Italia; amó, es cierto, y fué amado. Pero aquel cariño no fué desinteresado, luego que ya quedó satisfecho. Parecia menos sincero porque fué dotado con un mando, que es precisamente la fecha de su genio. Le comunicó á sus tropas, esparció la juventud por los envejecidos campamentos, reformó la rutina militar, les infundió entusiasmo, é infundió en ellos la nueva táctica: inventó la audacia, ese genio de las guerras revolucionarias: aceleró los movimientos de los ejércitos: aumentó diez veces el tiempo por la rapidez de las marchas; desconcertó los cálculos y la prudencia de los alumnos de Federico y de Laudon; conquistó, pacificó: hace desaparecer á unos y respeta á otros: hizo pactos con el que era fuerte en la opinion de los pueblos, como Roma: ar-

rasó sin pretexto ni compasión á lo que era débil, como Venecia: usurpó atrevidamente la autoridad, la diplomacia, y el principio de su gobierno. Tan pronto proclamaba como hacia traicion: vendió el dogma de la revolucion francesa, segun la oportunidad y las necesidades de su popularidad personal en Italia y en Leoben. Aqui restableció el despotismo; allí consagró la theocracia; mas allá traficó con la independencia de los pueblos, y en otra parte vendió la libertad de las conciencias. Ya no era el general de una revolucion, ni el negociador de una república. Era el hombre que trabaja por sí y para sí, á espensas de todos los principios, de todas las revoluciones, y de todos los poderes que le habian facilitado medios para ello. Desaparecieron los frutos del entendimiento humano, los del siglo XVIII, de la filosofía moderna, y de la revolucion francesa. Solo aparece Bonaparte. Ya no es un siglo el que se conmueve, es un hombre que se burla de un siglo, y que se sustituye á una época. ¡Ya no hay Francia, revolucion, ni república!... ¡él, nada mas que él, y siempre él!...

XXXVIII.

La revolucion, embarazada con él, le envió á que pereciese ó se engrandeciese en Egipto. A otro continente, otro hombre, pero en punto á conciencia, lo mismo. Se anunció como el renovador del Oriente, y segun decia, le llevaba la libertad europea. Primero trató de convencerle de que era necesario se dejase conquistar. El fanatismo mahometano era un obstáculo para su dominacion; en vez de combatirle, le lisonjeó. Se declaró en favor de Mahoma contra las supersticiones europeas. Se valió de las religiones como medios de policia y de conquista. El negociador que se prosternó ante el papa en

Milan, se inclinó ante el Profeta en el Cairo. La lejanía dá prestigio á proezas contra una raza enervada, proezas exageradas por la fama, pero que recuerdan la poesia de las cruzadas. Lo que buscaba allí era la nombradía y la imitacion de Alejandro. Asi fué, que al primer revés en San Juan de Acre, abandonó la conquista, el imperio, y sus sueños asiáticos, y dejó á su ejército sin refuerzos y sin probabilidad de una capitulacion. Pasó á bordo de un buque velero, y volvió á donde estaba la realidad; se anticipó al rumor de sus reveses, y sorprendió la popularidad. Miró á la República, vió que ya habia pasado la hora de los peligros anárquicos, que los poderes se iban regularizando, que los ejércitos mandados por sus rivales triunfaban, y que el gobierno democrático, comprado á tanta costa por la nacion, llegaria á ser, si le dejaba, un obstáculo para la ocupacion de un soldado. Conspiró á mano armada contra aquel gobierno que le habia entregado su fuerza para que le defendiese: unió la astucia á la fuerza; corrompió á sus compañeros de armas, engañó á los directores, violó la representacion, desgarró las leyes con sus bayonetas, y se apoderó de su patria. La Francia era un pueblo: ya no fué mas que un hombre, y ese hombre era él.

XXXIX.

Consumado ya aquel crimen anti-nacional y anti-revolucionario, fué preciso hacerle sancionar por la opinion: habia dos; una republicana y progresiva, que impelia al mundo hácia adelante, por la corriente de la verdad, de la libertad y de la virtud cívica «y otra contra-revolucionaria y retrógada que procuraba conducir á las instituciones y el espíritu humano á la esclavitud, las preocupaciones, y los vicios de lo pasado. No

apreció la verdad de cada una de ellas, sino su fuerza. Vió que la verdad estaba con la libertad, pero que la fuerza estaba en la contra-revolucion. Se precipitó en ella porque le llevaba á un trono. Esplotó el cansancio, compró la venalidad, intimidó á la cobardía, favoreció las apostasias del día, y colmó con grados y con autoridad, la ambicion del gobierno militar, el menos liberal de todos los poderes. Reinó, por fin, en su país, que desapareció á su vez bajo el trono, en que él se colocó.

XL.

Para que aquel trono se sostuviese le era necesario un principio. Todavía podia escoger: podia hacer á su reinado el de las ideas de raciocinio: podia aclimatarlas en el mundo moderno por medio de la monarquía. Podía ser en la filosofía y el espíritu de civilizacion moderna, lo que Carlo-Magno fué con respecto al cristianismo, el imitador y organizador armado, de la idea naciente y desarmada. El mundo moral, á semejante precio, hubiera, si no escusado, comprendido al menos la usurpacion militar. Desde el primer día, rechazó aquel gran papel de un genio fundador de una idea. Declaró la guerra y la tiranía á todas las ideas, escepto las que ya habian caducado. Maldijo el pensamiento de palabra ó por escrito, como una rebelion del raciocinio contra el hecho. Dijo; el raciocinio es el mal supremo y el origen de todo daño. Impuso silencio á la tribuna, la censura á la imprenta, trabas á la publicacion de obras, y el terror ó la adulacion á los escritores. Blasfemó contra la luz: cerró la boca al menor murmullo de una teoría. Desterró á cuantos no le vendían su palabra ó su pluma. Solo honró en las ciencias, á las que no piensan, las matemáticas. Si hubiera podido, habria suprimido hasta el alfabeto, para

que no subsistiesen entre los hombres mas que los números, porque las letras espresan el sentimiento del alma humana, y los guarismos no espresan mas que fuerzas materiales. Su odio á la filosofía y á la libertad, le exaltó hasta el ateismo de la inteligencia humana. En cada suspiro presentía una revolucion, un obstáculo en cada pensamiento, y una venganza en cada verdad. Negó hasta la libertad á las conciencias, entró en convenios con Dios, en quien no creía, celebró un concordato con la iglesia, profanó la religion aparentando honrarla. Hizo del sacerdote un magistrado civil y un instrumento de servidumbre encargado de suavizarle las almas: puso en el catecismo al imperio como un culto del Estado, y al emperador al lado de Dios. Destruyó una por una todas las verdades civiles conquistadas y promulgadas por la Asamblea constituyente y por la República: la igualdad con un nuevo feudalismo, las herencias domésticas con las substitutiones y los mayorazgos: niveló las costumbres con los títulos, la democracia con una nobleza hereditaria, la representacion nacional, con un cuerpo legislativo subordinado y mudo, y con un Senado del Bajo Imperio, encargado de votarle la sangre del pueblo, y por último, las nacionalidades, con dinastías de su raza, impuestas á los tronos. Convirtió en irrision y en tiranía todas las instituciones de la independéncia de los pueblos, de que no se atrevió á borrar el nombre: rehizo lo pasado comenzando por sus vicios, y lo restituyó todo entero á sus adoradores, con condicion de que aquel pasado fuese él.

XLI.

Sin embargo, un reinado necesita un espíritu: le buscó. De todos aquellos principios con que un fundador puede hacer estables sus instituciones, libertad, igual-

dad, progreso, luces, conciencia, eleccion, raciocinio, discusion, religion y virtudes públicas, eligió el mas personal y el mas inmoral de todos, la gloria ó la nombradía. No queriendo convencer, ni ilustrar, ni mejorar, ni moralizar su patria, dijo para sí: La deslumbraré; de este modo fascinaré el mas noble y fácil de seducir de todos sus instintos, la gloria ó la vanidad nacional. Fundaré mi poder ó mi dinastía sobre un prestigio. Todas las naciones tienen una virtud ó un orgullo: el orgullo de la Francia será mi derecho.

XLII.

El principio de la fama le condujo inmediatamente al de conquista: la conquista exige la guerra, y esta los destronamientos y las pérdidas de las nacionalidades. Su reinado no fué mas que una campaña, y su imperio un campo de batalla tan vasto como la Europa. Colocó el derecho de los pueblos y de los reyes en su espada, y la moralidad en el número y en la fuerza de sus ejércitos. Nada de lo que le amenaza es inocente, nada de lo que le sirve de obstáculo es sagrado, nada de cuanto le precede en fecha debe ser respetado; queria que la Europa datase de él.

XLIII.

Destruyó la República con el pie de sus soldados: arrolló el trono de los Borbones en el destierro. Envió á prender en la oscuridad como un asesino al mas intrépido y confiado de los príncipes militares de aquella raza, el duque de Enghien, que se encontraba en pais extranjero. Le mató en los fosos de Vincennes, por no sé

qué presentimiento de crimen, que le hacia mirar á aquel jóven como el único competidor armado del trono, contra él ó contra su raza. Conquistó la Italia que se habia perdido, la Alemania, la Prusia, la Holanda reconquistada despues de Pichegrú, la España, Nápoles, reinos, y repúblicas. Amenazó á la Inglaterra, acarioló á la Rusia para adormecerla, dividido en pedazos el continente, distribuyó los pueblos, elevó tronos para toda su familia, y gastó diez generaciones de la Francia para crear un patrimonio imperial ó real, á cada uno de los hijos ó hijas de su madre. Su fama, que crecia sin cesar con esplendor y estruendo, produjo en la Francia y en la Europa ese vértigo de gloria, que les ocultaba la inmoralidad y el abismo de semejante reinado. Dió el impulso y le siguieron hasta el delirio de la campaña de Rusia. Se introdujo en un torbellino de acontecimientos tan inmensos y tan acelerados, que tres años de faltas no le dejaron caer. La gloria que le elevó le sostuvo en el vacío de los demas principios que habia despreciado: La España devoró sus ejércitos: la Rusia sirvió de sepulcro á setecientos mil hombres, y Dresde y Leipsick se tragaron los restos. La Alemania irritada se le separó: la Europa entera le cercó y le persiguió desde el Rhin hasta los Pirineos, con una multitud de pueblos. La Francia estenuada y desafecta, le miró combatir y decaer, sin que un solo brazo se levantase á defender su causa. No tenia contra el mundo mas que un puñado de hombres, y á pesar de eso no caía: todo estaba aniquilado en derredor de su trono, pero le quedaba su fama, que estaba siempre suspendida encima de él.

XLIV.

Como diplomático fué sumamente hábil cuando tuvo que servir á su ambicion y preparar su reinado. En su

campana de Italia, combatió con una mano y negoció con otra. Se burló atrevidamente de las instrucciones del republicanismo radical de la Convencion. Hizo un tratado con el Piamonte vencido, que pudo destruir. Aumentó el ejército republicano contra el Austria con los contingentes de una monarquía. Hizo un convenio con el papa, á quien tenia encargo de arrojar de Roma. Alistó en su partido las costumbres, los respetos y hasta las supersticiones de los pueblos. Trató con Módena por algunos millones, é hizo que le pagase sueldo el tesoro de los príncipes. Trató también con Nápoles y Toscana para dividir á sus enemigos, y combatirlos uno á uno como el Horacio antiguo. Adormeció á Venecia mientras necesitó su neutralidad, y en cuanto ya no la temió la insultó y atropelló. Encendió el fuego del entusiasmo revolucionario y de la independencia en Milan. Vendió en seguida Venecia al Austria, y á ese precio compró la sombra de paz que queria ofrecer á la Francia para hacerse popular. Hasta allí su diplomacia fué la de Maquiavelo, pero de un Maquiavelo patriota que al menos hacia traiciones útiles á su pais.

XLV.

Mas apenas subió al trono, todas aquellas negociaciones fueron vértigos tan funestos para sí mismo, como para la sólida grandeza de su patria. Amenazó á la Inglaterra, á la cual no podia acercarse ni por tierra ni por mar: se declaró su enemigo eterno é impotente. De este modo se grangeó un odio de Anibal contra su nacion y contra su dinastía. Puso al continente á sueldo de aquella potencia, y el comercio del Universo bajo su pabellon.

Se enagenó la Alemania independiente por la ambicion de territorio, y patrimonios de familia que no le da-

ban mas que príncipes y ningun apoyo. Rehusó á la Rusia el imperio de Oriente, asegurando para sí el de Occidente. Declaró que su poder era incompatible con cualquiera otra potencia independiente, aunque estuviere en los confines del Universo. Se declaró aspirante á la monarquía universal, es decir, el enemigo comun de todos los tronos y de todas las nacionalidades. De este modo, con sus propias manos, colocó á la Inglaterra, la Rusia, el Austria, la Prusia, y al mundo, en la liga de la especie humana contra él.

Combatió: su fama y su talento le dieron la victoria. Hizo paces falsas, cortas, precarias, amenazadoras para los que habia subyugado á medias, paces que dejaban respirar, pero que desarmaban.

En la expectativa de una nueva guerra premeditada con la Rusia, cometió la locura de entregarla el imperio Otomano, privándose asi del único y grande aliado que le quedaba en el dia de la lucha.

Conquistó á Viena y restableció la monarquía austriaca: vió que la Hungria aspiraba á la independencia, y la dejó sujeta á aquella monarquía.

Conquistó á Berlin, y no borró del mapa á la Prusia. Vió á la desmembrada Polonia palpar de patriotismo, pudo resucitarla con un gesto, hacerla aliada de la Francia, el puesto avanzado de sus ejércitos, la árbitra del Norte y de la Alemania, el dique de la Rusia, y vendió sus pedazos á las potencias vencidas, para comprar de ellas favores y consideraciones de antiguas razas para su dinastía.

Vió á la España arrojarse en sus brazos, aceptar sus decisiones arbitrales, implorar su tutela, asociarse á la Francia con el pacto natural y eterno de las razas del Mediodía contra las razas conquistadoras del Norte. Prefirió humillarla á atraerla, y conquistarla para su hermano.

En fin, se arrojó con un millon de hombres al centro

de la Rusia, para invadir temerariamente el Norte, para no poseer mas que nieve y cenizas. La Alemania que dejó imprudentemente armada é irritada á su espalda, volvió á cerrarse, y quedó preso en el lazo que él mismo se habia preparado. Parecia que no se habia propuesto mas que un objeto en su política, ya hacia diez años, el de reunir á todos los pueblos indignados contra él. Hacer de la Francia el enemigo irreconciliable del género humano, era su proyecto en lo exterior. ¡Genio del egoismo que llega á ser el genio de la ruina!

XLVI.

Por fin capituló, ó mas bien la Francia lo hizo sin él. Emprendió solo, atravesando su patria conquistada y sus provincias assoladas, el camino de su primer destierro. Tuvo por acompañamiento los resentimientos y los murmullos. ¡Qué queda detrás de él, de su largo reinado!... porque por esa señal Dios y los hombres juzgan el genio político de los fundadores. Toda verdad es fecunda, la mentira es estéril. En política, lo que no crea, no es. La vida la juzga el que sobrevive. Dejó la libertad encadenada, la igualdad comprometida por instituciones posthumas, parodiado el feudalismo sin poder existir, la conciencia humana vendida, la filosofía proscripta, fomentadas las preocupaciones, el talento humano disminuido, la instruccion materializada y concentrada únicamente en las ciencias exactas, las escuelas convertidas en cuarteles, la literatura degradada por la policía ó envilecida por la bajeza, la representacion nacional pervertida, abolida la eleccion, esclavizadas las artes, agotado el comercio, aniquilado el crédito, muerta la navegacion, reanimados los odios internacionales, el pueblo oprimido pagando con sus contribuciones y con su sangre la ambicion de un

soldado, pero disfrutando con el nombre engrandecido de la Francia, de las miserias y degradaciones de la patria. ¡Hé ahí al fundador, hé ahí al hombre!... ¡Un hombre en vez de una revolucion!... ¡Un hombre en lugar de una patria! ¡Un hombre en lugar de una nacion!... ¡Nada despues de él!... Nada en derredor suyo mas que su sombra esterilizando todo el siglo XVIII representado en él solo! Se hablará siempre de su gloria personal, pero jamás se dirá de él lo que se ha dicho de Augusto, de Carlo-Magno y de Luis XIV, el siglo de Napoleon. No hay siglo, no hay mas que un nombre, y ese nombre no significa para la humanidad, mas que él mismo.

XLVII.

Falso en instituciones, porque remonta; falso en política, porque envilece; falso en moral, porque corrompe; falso en moral, porque oprime; falso en diplomacia, porque aísla; no fué verdadero mas que en guerra, porque derramó bien la sangre humana. Pero el que la economiza ¿qué es? Su genio individual será grande, pero es el genio del materialismo; su inteligencia era vasta y clara, pero era la inteligencia del cálculo. Contaba, pesaba, media, no sentia, no amaba, no compadecia: era una estátua, mas que un hombre. De aqui su inferioridad con respecto á Alejandro y César. Mas bien recuerda al Anibal de la aristocracia. Pocos hombres ha habido de un temple tan frio. Todo era sólido; nada se conmovia en aquel pensamiento. Se conoce aquella naturaleza metálica hasta en su estilo. Quizá es el mayor escritor de las cosas humanas despues de Maquiavelo. Muy superior en cuanto á la narracion desus campañas á César, su estilo no es únicamente el de la palabra escrita, es tambien el de la accion. Cada palabra de sus páginas, es, por de-

circlo asi, la huella del hecho. No hay letra, ni sonido, ni color entre la cosa y la palabra, la palabra es él. La frase concisa, pero como esculpida, recuerda aquellos tiempos en que Bayaceto y Carlo-Magno no sabiendo escribir su nombre en las actas de su imperio, mojaban la mano en tinta ó en sangre, y aplicándola sobre el pergamino, la marcaban en él con todas sus articulaciones. No era la firma, sino la mano del héroe, la que se tenia continuamente á la vista. Asi sucede con las páginas de sus campañas dictadas por Napoleon. Todo es allí movimiento, accion y combate.

XLVIII.

Aquella fama de que habia formado su moralidad, su conciencia y su principio, la mereció por su naturaleza y por su inteligencia de la guerra y de la gloria. Tambien inundó con ella el nombre de la Francia. Obligada ésta á aceptar su tiranía y sus crímenes, debió tambien aceptar su gloria con severo reconocimiento. No podia separar su nombre del suyo sin disminuirle. Aquel nombre se incrustó en sus males y en su grandeza. Quiso nombrarla, y él se la dió. Pero lo que sobre todo le debe es un gran ruido.

XLIX.

Aquel eco que se continúa en la posteridad y que se llama impropriamente gloria, fué su medio y su objeto. ¡Que goce de él en buen hora! ¡Hombre de ruido que resuena á través de los siglos! Pero que ese ruido no pervierta la posteridad ni falsee el juicio del pueblo. Ese hombre, una de las mas vastas creaciones de Dios, em-

prendió, con una fuerza que no ha sido dada á ningun hombre, acumularla en el camino de las revoluciones y de las mejoras del entendimiento humano, como para detener las ideas y hacer retrogradar las verdades. El tiempo le ha atravesado, y las ideas y las verdades han vuelto á seguir su curso. Admirasele como soldado, se le mide como soberano y se le juzga como fundador de pueblos. Grande por la accion, pequeño por las ideas, nulo por la virtud: hé ahí el hombre.